

mizo del Archiduque, para que las recepciones en las Tullerías durante la permanencia de los huéspedes, tuvieran el carácter de íntimas; pero hubo gran banquete, concierto y representación teatral en el Gimnasio, mientras que definitivamente se arreglaban las dificultades pendientes. A tres *soirées* concurren los mexicanos allí residentes y Maximiliano los recibió dos noches en la embajada de Austria, en la primera a los ya presentados o sea los *amigos viejos* según les llamaba la princesa Carlota, y en la segunda a todos los mexicanos que quisieron presentarse, contándose entre estos el general González Mendoza, segundo del general González Ortega en el sitio de Puebla y prisionero consignado a Francia, el cual manifestó su adhesión a Maximiliano.

El brillo de la recepción fue aumentado con fiestas en el Gimnasio ocuparon el palco imperial, en la primera representación del «Amigo de las Mujeres» obra de Alejandro Dumas, (hijo.) Dos representaciones tuvieron verificativo en su honor, en los teatros de la Opera y de la Comedia francesa. En las Tullerías se les obsequió con tres grandes bailes; el Emperador invitó a Maximiliano para cazar en los bosques de Versalles; quiso que visitara los museos y palacios, por lo cual Maximiliano apenas tuvo tiempo de recibir en los salones de la Embajada de Austria, a los mexicanos que residían en París y que solicitaron ser presentados.

En las mañanas conferenciaban Napoleon III y Maximiliano, que bien pronto llegaron a entenderse; trató este con Mr. Fould los asuntos financieros y los políticos con Mr. Drouyn de Lhuys, quedando celebrados dos tratados, uno público y secreto el otro; pero no debían ser firmados sino hasta que Maximiliano hubiera sido proclamado oficialmente Emperador de México.

Las cláusulas principales del público consistían en reducir a 25,000 hombres el cuerpo expedicionario comprendiendo en ese número la legión extranjera, que quedaría por seis años a disposición del Emperador de México después que se retiraran los franceses, pagada por el tesoro mexicano. Las operaciones y las expediciones militares, serían determinadas de común acuerdo entre el Emperador de México y el Comandante en jefe del Ejército expedicionario, y cuando se reuniesen tropas de las dos nacionalidades, pertenecería el mando al jefe francés.

Para que la Francia impartiera su protección a Maximiliano, condición impuesta por éste para aceptar el trono, había de firmar ese convenio con el Emperador de los franceses. El mismo día que Maximiliano aceptó la corona mexicana, el 10 de Abril, se convirtió el convenio en Tratado de Miramar, llevando antes el nombre de Tratado de París, pues que había quedado ajustado el 12 de Marzo del mismo año, en los días que Maximiliano estuvo en esa capital.

Al tratado se le añadieron tres cláusulas secretas, en que Napoleon hacía constar: «que no obstante los acontecimientos que puedan sobrevenir a la Europa, el apoyo de la Francia no faltaría al nuevo Imperio,» y para el efecto se acordaron los tres artículos, por uno de los cuales se comprometió Maximiliano a sostener los principios de la Reforma, conforme a la proclama del general Forey fechada el 12 de Junio de 1863.

Luego que hubieron quedado acordados la Convención y el tratado secreto, se despidieron el Archiduque y la Archiduquesa de los Emperadores, el 12 de Marzo en la tarde, y acompañados del almirante Jurien de Gravière y de la condesa de la Pöeze, que estuvieron a su servicio durante la permanencia en Francia, se dirigieron a Calais y pasaron a Inglaterra donde Maximiliano esperaba el feliz resultado de su presencia en las resoluciones del gabinete inglés; pero pronto conoció que la política británica, impasible a influencias del exterior, le quedaba obstinadamente hostil, y a lo mas logró que lord Palmerston, suavizando las formas de su persistente hostilidad, augurara al futuro soberano sus simpatías por el Imperio mexicano, cuando este fuera ya un hecho.

Llevaban también el desiguio de despedirse y consultar con amigos y parientes. Permanecieron dos días en Londres y el día 15 se hallaban nuevamente en Bruselas.

Después de haber ido a visitar en Clermont a la destronada reina Maria-Amalia, quien al darles sus bendiciones les manifestó que abrigaba presentimientos siniestros, considerando el porvenir que México reservaba a la joven pareja, y prometió orar por ellos hasta en el último suspiro. Regresaron los Archiduques a Bruselas donde permanecieron dos días, ocupados en arreglar con el Ministro de la Guerra, barón Chazal y con el general retirado Chapelié, los medios de reclutar y organizar para México un cuerpo de dos mil belgas que debía llevar el nombre de «Guardia de la Emperatriz.» En seguida se dirigieron a Viena a donde entraron el 19 de Marzo.

Fueron recibidos ya con el ceremonial reservado a los Soberanos; hicieron una visita oficial al Emperador y la Emperatriz que se las devolvieron una hora después, y les presentaron sus homenajes los Archiduques y todo el Cuerpo diplomático. Francisco José dió una comida oficial el día 21 en honor de la pareja imperial mexicana y en la recepción que siguió estuvo presente toda la aristocracia austriaca. El conde de Rechberg presentó a la firma del Archiduque el instrumento en que renunciaba sus derechos a la corona, y que se llamó «Pacto de familia,» insistiendo el Emperador de Austria y sus ministros más que nunca en que se llevara a efecto la renuncia.

Poseedora la Comisión mexicana de todas las actas en que aparecía, que la gran mayoría del país había proclamado al Archiduque, volvía a Miramar a mediados del mes de Marzo, deteniéndose en Viena algunos días, por encontrarse también en esa capital el Archiduque ocupado en concluir los arreglos de familia. En seguida se fué el príncipe para Miramar, llevando en su propio tren a la Comisión y a otros mexicanos, y fijó el 27 de Marzo para la aceptación solemne y definitiva de la corona de México.

La comisión mexicana, compuesta esta vez de los señores Gutiérrez de Estrada, Velazquez de León, Aguilar, Hidalgo, Valle, Ormachea, Landa y el secretario Iglesias, había ido a Viena para acabar de dar cuenta a Maximiliano de las actas de adhesión de las poblaciones mexicanas. Los príncipes, sin lograr concluir los